

DIME QUÉ VACUNA ESPERAS, Y TE DIRÉ QUÉ ADVIENTO VIVES

“Los católicos seguimos en retroceso (...). En Francia y en España, podemos considerar que, prácticamente, el catolicismo ha desaparecido por completo. En Alemania nuestras filas clarean de un día para otro. ¿Y en Italia? Allí, excepto Roma, el resto de la península italiana está perdida para el catolicismo (...). No cabe la menor duda de que estamos retrocediendo y este proceso se agrava por momentos. (...) Por mucho que me esfuerzo, no vislumbro el menor síntoma positivo. (...) No, ya ve que no mantengo ninguna esperanza, salvo en...”

Percy elevó rápidamente los ojos y clavó la mirada en su interlocutor, como si estas últimas palabras hubieran respondido al curso de sus propios pensamientos.

—¡Salvo en el día en que Nuestro Señor regrese, como lo ha prometido! —acabó la frase el anciano estadista.”

Impresiona que este texto fuera escrito hace más de un siglo, en el año 1907, por un autor que murió en 1914. Pertenece a una novela distópica y apocalíptica que unos tachan de catastrofista y otros de verdadera profecía. Lo que nadie puede negar a esta obra ya clásica, *“Señor del mundo”*, es que Robert Hugh Benson, recién convertido del anglicanismo al catolicismo, supo anticipar con clarividencia inaudita, muchos de los rasgos fundamentales del mundo que tendríamos un siglo después de su muerte. El humanitarismo filantrópico que describe la novela, como escalofriante sustituto del cristianismo que había modelado la cultura occidental, ha llegado a impregnar nuestra mentalidad con tanta fuerza que, en el Adviento 2020, es probable que sean muchos más los cristianos que gritan: “¡vacuna, ven!”, que *“Marana tha!”*

Los niños, habitualmente miméticos, aplauden a los sanitarios como los grandes héroes del momento, y piden a los Reyes Magos juguetes que les hagan soñar con ser un día grandes salvadores del cuerpo, combatiendo los “coronavirus” futuros. Sería estupendo que, además de admirar a los sanadores corporales, pudieran sentirse movidos a imitar a los que, portando el Evangelio y la Salud eterna, anunciamos que Jesús es verdadero médico de los cuerpos y de las almas, pero para eso tendríamos que estar aprovechando esta pandemia para levantar sus miradas al Cielo, más allá de la mascarilla, y ayudarles a entender que la muerte llega de mil modos a los hombres, pero que no es un mal absoluto, porque en realidad ya ha sido vencida por el Niño cuyo nacimiento celebra la Navidad.

La liturgia de Adviento nos asegura que Cristo —quien vendrá pronto glorioso, según su promesa— viene ya ahora “en cada hombre y en cada acontecimiento”. Aprovechemos, pues, para atender su reclamo en cada persona desesperanzada, que nos mira buscando la luz. Descubrámosle incluso, en la pandemia presente, pues el acontecimiento que ha desafiado al mundo contemporáneo es también ocasión de su visita.

A punto de que nuestra parroquia cumpla medio siglo de existencia, ¿será la promesa del retorno del Rey la más honda esperanza que podamos ofrecerle a nuestro barrio? Temamos sobre todo ser inútil sal sosa, pues no *“puso su morada entre nosotros”* para que lo confináramos en nuestro corazón.